

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS DE COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.
SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI.

MADRID, 14 DE SETIEMBRE DE 1882.

NÚM. 34.

SUMARIO.

1. Traje para niñas de 9 á 11 años.—2. Traje de cachemir azul claro y faya marrón.—3. Traje de cachemir aceituna y raso verde agua.—4. Cuarta parte de un pañuelo (bordado Richelieu).—5. Tira de bordado Richelieu.—6 y 7. Vestido de cachemir bordado de trençilla.—8. Vestido de lanilla lisa y de cuadrillos.—9 y 10. Vestido de raso liso y chiné.—11 y 12. Vestido de felpa y cachemir.—13. Manteleta.—14. Traje para niñas de 8 años.—15. Traje para niñas de 7 á 9 años.—16. Traje de paseo.—17 y 18. Traje de visita.—19 y 20. Cuello y puño de encaje y cinta.—21 y 22. Cuello y puño de batista cruda.—23 á 25. Tres sombreros redondos.—26 y 27. Levita con faldones añadidos.—28. Traje de recibir.

Explicacion de los grabados.—La Piedra pómez, por D. Javier Soravilla.—Maese Pedro (leyenda), por D. Eduardo de Lustonó.—Dos Angeles: Historia vulgar (continuacion), por D. Eusebio A. Escobar.—Tú y sólo tú, soneto, por D. Ramon de la Huerta Posada.—Revista de Modas, por V. de Castelfido.—Explicacion del figurin iluminado.—Suelto.

Traje para niñas de 9 á 11 años. Núm. 1.

El vestido, de velo color beige, va plegado por delante, y los pliegues, sujetos por debajo de la cintura con cuatro respuntes. Este vestido va tambien plegado á todo el rededor, pero formando anchos pliegues huecos. Un cinturón ancho de faya rubí le rodea y se anuda por detras. Esclavina corta. Cuello vuelto, y carteras en las mangas, de terciopelo color rubí.

Traje de cachemir azul claro y faya marrón.—Núm. 2.

El corpiño-casaca es muy ajustado y va guarnecido en el escote con un rizado de encaje, que sigue la linea del delantero, y ribetea la aldeta con un triple volante. Lazo de raso con varias cocas en el cuello y en las mangas. La túnica forma una punta á cada lado y va ribeteada de encaje. La falda, de faya, va fruncida por delante y por detras en un volante ancho fruncido á cada lado, y una quilla de cuatro tableados.

Traje de cachemir aceituna y raso verde agua.—Núm. 3.

La polonesa se abrocha por delante y va recogida en forma de *pantiers*. Los delanteros y los laditos van cortados como de costumbre, pero las dos partes de la espalda se ensanchan desde el medio de la espalda, de manera que puedan formar una punta larga fruncida, de donde sale un *pouf* muy arrugado y recogido con un lazo de terciopelo.



1.—Traje para niñas de 9 á 11 años.

2.—Traje de cachemir azul claro y faya marrón.

3.—Traje de cachemir aceituna y raso verde agua.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

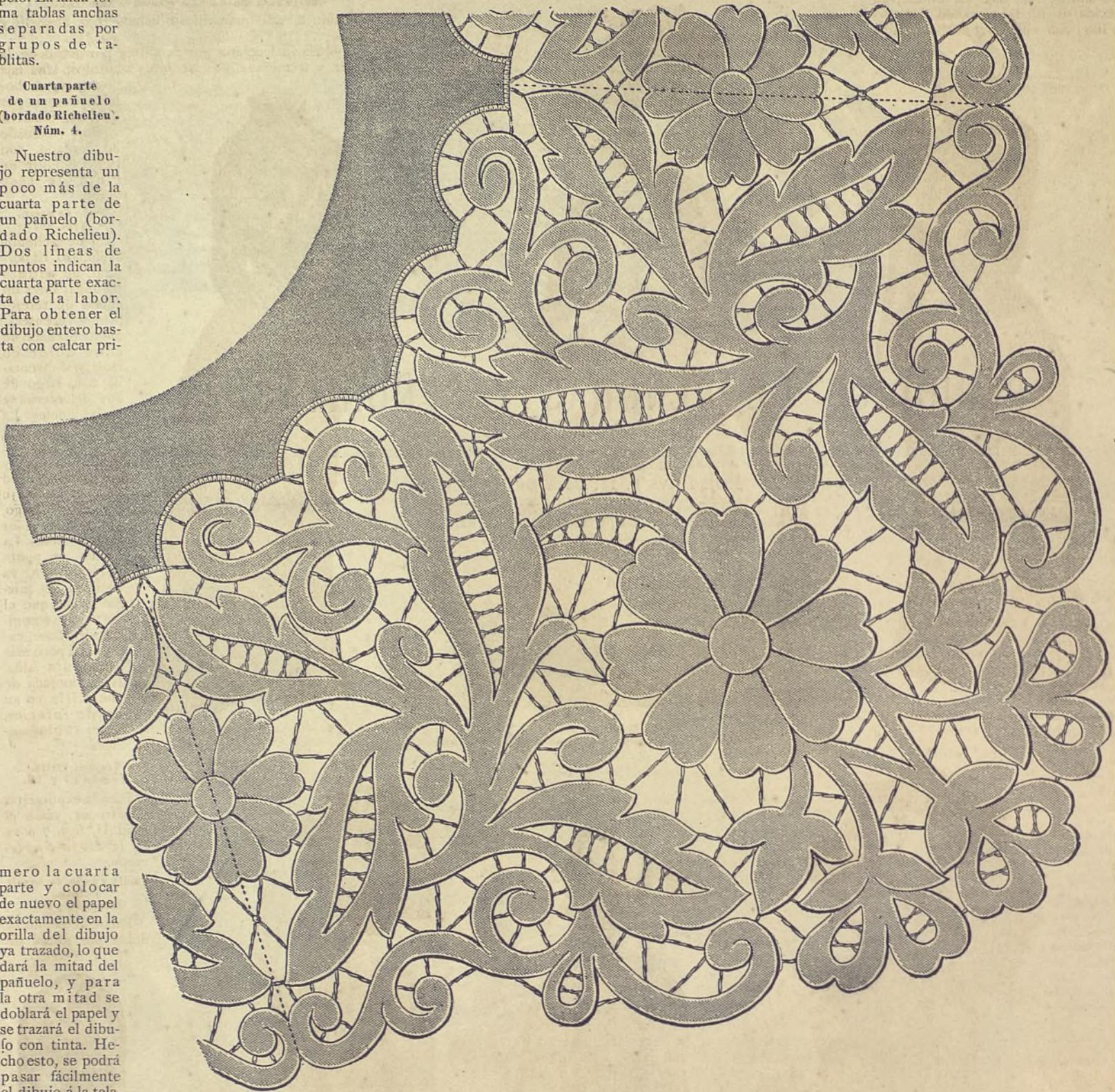
Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

pelo. La falda forma tablas anchas separadas por grupos de tablas.

Cuarta parte de un pañuelo (bordado Richelieu). Núm. 4.

Nuestro dibujo representa un poco más de la cuarta parte de un pañuelo (bordado Richelieu). Dos líneas de puntos indican la cuarta parte exacta de la labor. Para obtener el dibujo entero basta con calcar pri-

mero la cuarta parte y colocar de nuevo el papel exactamente en la orilla del dibujo ya trazado, lo que dará la mitad del pañuelo, y para la otra mitad se doblará el papel y se trazará el dibujo con tinta. Hecho esto, se podrá pasar fácilmente el dibujo a la tela. Las hojas, que van reunidas entre sí con barretas, se rodean con un punto de feston muy apretado.



4.—Cuarta parte de un pañuelo (bordado Richelieu).

Tira de bordado Richelieu.—Núm. 5.

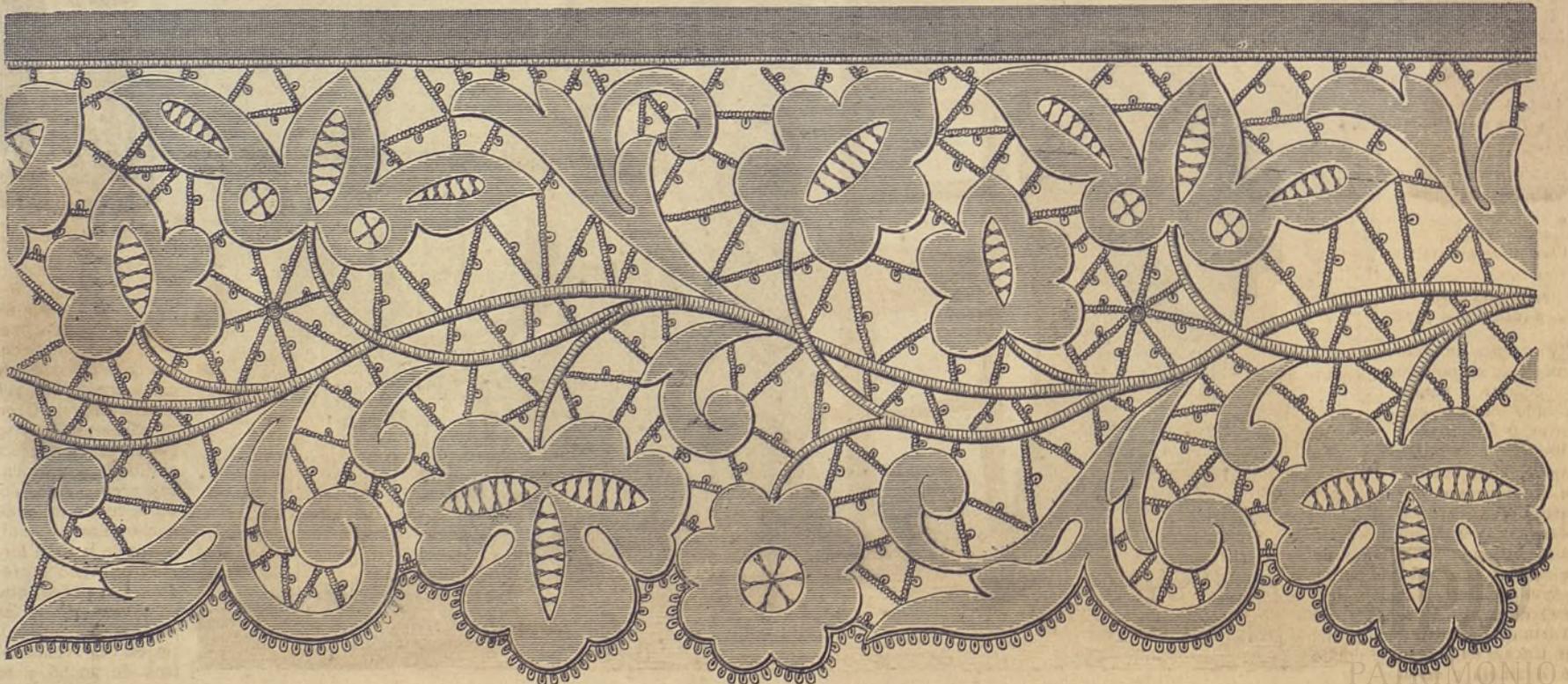
Sirve esta tira para adornos de vestidos de niños. Se puede ejecutar el bordado sobre lienzo blanco ó moreno, con cenefa blanca ó de color. Los tallos, las barretas y los contornos de los motivos van festoneados. El piquillo que adorna los bordes de la parte inferior va añadido.

Vestido de cachemir bordado de trencilla. Núms. 6 y 7.

Este vestido se compone de falda, túnica y corpiño. La falda, que es de tafetan color de nùtria, va cubierta por delante y en los costados con un pedazo de cachemir del mismo color, de 68 centímetros de alto, bordado de trencilla de lana nùtria. La falda va adornada además con un volante de cachemir de 16 centímetros de ancho, fruncido como lo indica el dibujo. El paño de detras va guarnecido de dos volantes, uno de 10 y el otro de 48 centímetros de alto. Túnica y corpiño de cachemir bordado de trencilla. El peto, que se abrocha sobre los delanteros, se cubre de cachemir plegado.

Vestido de lanilla lisa y de cuadritos. Núm. 8.

De lana lisa azul oscuro y lanilla de cuadros azules y color de oro antiguo. La falda, de lanilla lisa, va adornada con dos volantes plegados y un pedazo fruncido, que termina en un volante de



5.—Tira de bordado Richelieu

pliegues huecos, todo ello de tela lisa. La túnica, de cuadritos, va guarnecida de un lazo grande de raso azul. Corpiño de tela lisa, con chaleco y cuello de tela de cuadros.

Vestido de raso liso y chiné.
Núms. 9 y 10.

De raso maravilloso liso color aceituna y raso chiné del mismo color. La falda, que es de raso liso, va adornada con volantes de la misma tela y volantes bordados de gasa del mismo color, cuya costura va cubierta con tiras de raso fruncido. Túnica con *paniers* y corpiño de raso chiné. Cuello y carteras de las mangas, de gasa bordada.

Vestido de felpa y cachemir.
Núms. 11 y 12.

De felpa y cachemir verde oscuro. La falda, de cachemir, va adornada de un volante tableado de felpa listada, que tiene en su lado izquierdo 77, y en el recto del contorno 62 centímetros de alto. La túnica y el corpiño son de cachemir verde oscuro, y sus adornos consisten en cordones de seda verde y broches de pasamanería. Cuello vuelto y cartera de las mangas, de felpa.

Manteleta.—Núm. 13.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figs. 14 á 16 de la *Hoja-Suplemento*.



6.—Vestido de cachemir bordado de trencilla. Espalda. (Véase el dibujo 7.)



13.—Manteleta. (Explic. y pat., núm. III, figs. 14 á 16 de la Hoja-Suplemento al presente número.)

Traje para niñas de 7 á 9 años.—Núm. 15.
Vestido de raso maravilloso, listado rojo, amarillo y blanco.

La blusa va fruncida por delante y por detras en la cintura, y termina en tres volantes tableados. Una faja de raso verde botella se anuda por detras. Cuello vuelto, ribeteado de bordado, con lacito flotante de cinta de raso verde.



11.—Vestido de felpa y cachemir. Espalda. (Véase el dibujo 12.)

Traje de paseo.
Núm. 16.

Es de cachemir azul claro. El corpiño, de aldeta redonda, lleva un cuello de terciopelo y va enteramente bordado de seda color de maíz, ó de trencilla, á lo largo de los delanteros y de las aldetas. La manga ajustada va bordada del mismo modo, y su extremidad desaparece bajo un guante largo, del mismo color de la trencilla. La túnica, en punta por delante, va bordada del mismo modo que el corpiño y recogida por detras, cayendo á poco más de media falda. Esta, bordada de trencilla en su borde inferior, forma tablas anchas.

Traje de visita.
Núms. 17 y 18.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figs. 7 á 13 de la *Hoja-Suplemento*.

Cuello y puño de encaje y cinta.
Núms. 19 y 20.

Para este cuello se dobla por mitad de



12.—Vestido de felpa y cachemir. Delantero. (Véase el dibujo 11.)

Traje para niñas de 8 años.—Núm. 14.

Vestido de velo azul mar, abrochado por delante y hendido sólo hasta el cinturón, ó faja, que va fruncida, y se reúne bajo la aldeta cuadrada formada por dos partes de la espalda. El delantero de la falda es liso, y la parte de detras va plegada. Cuello vuelto ribeteado de encaje. Manga fruncida en el puño. Encaje en la faja, en la aldeta y en el borde inferior de la falda.



7.—Vestido de cachemir bordado de trencilla. Delantero. (Véase el dibujo 6.)

8.—Vestido de lanilla lisa y de cuadritos.

9.—Vestido de raso liso y chiné. Espalda. (Véase el dibujo 10.)



10.—Vestido de raso liso y chiné. Delantero. (Véase el dibujo 9.)

su ancho, sobre un largo de 39 centímetros, la parte del centro de un pedazo de cinta crema, de 106 centímetros de largo por 8 de ancho, y se la cubre, como indica el dibujo, con un encaje crema, fruncido, de 6 centímetros de ancho. Las extremidades de la cinta forman un nudo corridizo. Los puños, que se ponen sobre las mangas del vestido, tienen 24 centímetros de ancho y se ejecutan del mismo modo que el cuello

Cuello y puño de batista cruda. — Núms. 21 y 22.
 Se adorna el cuello con un rizado festoneado de la misma batista, y puntos de espina hechos con algodón crudo. Los puños tienen 28 centímetros de ancho, y se ejecutan del mismo modo.
 Tres sombreros redondos. — Núms. 23 á 25.
 Núm. 23 Sombrero redondo de paja color tabaco.

sujeta de trecho en trecho con unos broches cuadrados de cuentas de acero. Una magnífica pluma amazona cubre la parte levantada y cae por detras por encima del ala.
 Núm. 25. Sombrero redondo de paja blanca, de copa baja y ala ancha forrada de raso color de rosa claro. Este sombrero va adornado de una



14.—Traje para niñas de 8 años.



16.—Traje de paseo.



15.—Traje para niñas de 7 á 9 años.



17.—Traje de visita. Espalda. (Explic. y pat., núm. 11, figs. 7 á 13 de la Hoja-Suplemento al presente número.)

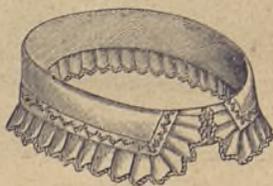
La forma se asemeja algo á la de los sombreros de niños, pero con alas más anchas. Va forrado de terciopelo azul pizarra. La copa va rodeada de una cinta de terciopelo marron, fijada por delante con un broche de acero cincelado, y forma dos cocas y un pico sobrepuesto, bajo el cual se fijan tres plumas, una blanca, otra azul celeste, y la tercera, sombreada de blanco y habano.
 Núm. 24. Sombrero de paja Manila, con ala levantada por un lado y forrada de raso fruncido. La copa es un poco puntiaguda y va rodeada de una guarnicion de terciopelo, formando tablas anchas y



19.—Cuello de encaje y cinta. (Véase el dibujo 20.)



20.—Puño correspondiente al cuello núm. 19.



21.—Cuello de batista cruda. (Véase el dibujo 22.)



22.—Puño correspondiente al cuello núm. 21.



18.—Traje de visita. Delantero. — (Explic. y pat., núm. 11, figs. 7 á 13 de la Hoja-Suplemento al presente número.)



23.—Sombrero redondo de paja color tabaco.



24.—Sombrero de paja Manila.



25.—Sombrero redondo de paja blanca.

banda de encaje crudo anudada por detras y fijada por delante, bajo una rosácea del mismo encaje y un broche- mari-rosa esmaltado.

Levita con faldones añadidos. Núms. 26 y 27.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, figs. 17 á 25 de la Hoja-Suplemento.

Traje de recibir. Núm. 28.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 6 de la Hoja-Suplemento.

LA PIEDRA PÓMEZ.

El más insignificante objeto nos declara la grandeza de esa inmortal maquinaria que se llama creacion, que todos vemos, que todos alabamos, y que ninguno comprendemos.

El más diminuto insecto encierra dentro de si el organismo más perfecto é inimitable; la precision de sus microscópicas partes componentes nos hacen comprender, de una manera clara, cuán grande ha sido la inteligencia del Artífice que ha llevado á cabo la obra colosal.

El hombre, en su loca soberbia, se lanza con frecuencia á investigar las causas y el origen de las

cosas, sin hacerse cargo, en su demencia, que el Supremo Hacedor, si bien le ha dotado de un superior talento á todos los demas seres de la tierra, le tiene trazado un horizonte en el cual ha de estrellarse toda su sabiduría, y cuyo limite le ha de ser imposible traspasar.

Parásitos de la tierra, pero dueños por la voluntad divina de un corazón que sabe sentir y de un cerebro que sabe pensar, podemos estudiar y analizar las partes de la Naturaleza; pero nunca penetrar en los misterios que en ella se hallan encerrados.

Y esto no obstante, cuantas veces hemos posado la vista sobre un fragmento de piedra pómez, otras tantas hemos tenido la necia pretension de escudriñar sus más recónditas cavidades, ansiosos de hallar en ellas descifrados sus insondables misterios, el *por qué* de su existencia, de sus cualidades y su forma.

Y hemos desmenuzado la materia volcánica, y la hemos reducido á polvo, y examinado su más pequeña molécula; y tanto la hemos reducido, tanto la hemos querido analizar, que ha



26 y 27.—Levita con faldones añadidos. Delantero y Espalda. (Explic. y pat., núm. IV, figs. 17 á 25 de la Hoja-Suplemento.)

28.—Traje de recibir. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 6 de la Hoja-Suplemento.)

desaparecido de nuestras manos al más ligero soplo de la brisa.

Y nuestra ofuscada imaginación, olvidándose de su principal objeto, al fijarse en la piedra pómez para encontrar un rayo de luz que la guiara al conocimiento de lo infinito, sólo halla escrita en su áspera superficie la ruina de un gran pueblo que fué, del pueblo foco de la civilización de su tiempo, de la ciudad desenterrada, de Pompeya, en fin.

Contéplase un pedazo de piedra pómez, y salta á la mente su recuerdo, y con ella Stabia y Herculano, cuyas historias se pierden en la oscura noche de los siglos.

¡Quién sabe si el pequeño trozo de mineral calcinado que tenemos ante nosotros habrá formado parte de la inmensa superficie que, por espacio de mil seiscientos sesenta y nueve años, ha cubierto la grandiosa ciudad de los oscos y los etruscos, de los pelagos y los samnitas!

Contéplase la piedra pómez, y preséntanse á nuestra imaginación aquellas colosales ruinas de Pompeya, y con ellas, el recuerdo de su pasada grandeza, de su poderío y de su historia.

Parécenos verla en todo su apogeo y esplendor, república del Tiber y metrópoli de Capua, y ora escuchar los gritos del combate entre romanos y cartagineses, y los bélicos acordes de las guerreras trompas al hacer Aníbal su triunfal entrada en aquella colonia de Neron, ora la desesperada lucha de sus habitantes contra el poder de Sila, ora el grito penetrante de las víctimas inmoladas durante el saqueo, ora, en fin, el terrible rugido del incendio á que los invasores sometieron sus mejores edificios.

Y no esto sólo preséntase á nuestra imaginación, con todas las tintas de la realidad, si que también parécenos presenciar el horrible terremoto que destruye las mejores joyas artísticas de la primitiva y suntuosísima Pompeya, su basilica y su foro (1); vemos temblar sobre su base la ciudad en masa, y huir, errantes y aterrados, á sus pobladores, buscando un asilo fuera del alcance de tamaño siniestro.

¡Felices pompeyanos! Su amor patrio muévese á solicitar de Roma la restauración de su querida patria, y Roma, después de acalorados debates en el Senado, así lo acuerda, y vuelve á aparecer magnífica Pompeya, llena de más hermosa y más grande majestad, puesta su planta en la colina que la sirve de base, y en las playas poetizadas por el desahío del Sarno, y apoyada su corona en las faldas del Vesubio.

Como el fénix de sus cenizas, álzase Pompeya de nuevo, soberbia y grandiosísima, voluptuosa y llena de esbeltez, ostentando con orgullo su magnífico panteón y sus templos á Isis y Vénus y á Júpiter y Mercurio; y su anfiteatro extenso, y su inimitable foro, y sus termas anchurosas, y su amplia basilica, forman el complemento de su sublimidad.

Y no sólo estas joyas arquitectónicas se levantan en Pompeya después de su primer desastre. Circos y estadios, naufragios y curias, cuanto de rico ostenta la Ciudad Eterna, otro tanto se crea en la ciudad del Sarno, é igual se edifican subterráneas cloacas, que se elevan bellísimas *nymphææ*, con sus abundantes fuentes y aromáticos surtidores.

¡Infelices patricios! No presintieron que un nuevo cataclismo había de sobrevenirles, diez y seis años después, para envolver en hirvientes cenizas y arroyos de metal fundido aquella población, lumbreira del comercio y orgullo de su tiempo, y cuya magnificencia, voluptuosidad, majestad y riqueza, habían de permanecer sepultadas, bajo montañas de piedra pómez, durante el trascurso de diez y siete siglos.

Despunta el alba, y las altísimas agujas y obeliscos, y las verdes capotas de los álamos del bosque sagrado, y los elegantes festones que coronan las azoteas, y las almenas que circundan las murallas, unos y otras tiñense de pálido carmin, y las aves entonan sus gorjeos, y ya las calles, ya el puerto de Pompeya, despierto de su tranquilo sueño; las naves, poniéndose en movimiento, surcan las olas del Mediterráneo, y los pompeyanos, discurriendo aquí y allá por las amplias vías que conducen á Nola, Nocera y Salerno, prístanlas poderosísima animación, y el tráfico y el trabajo toma cuerpo, y la ciudad toma vida.

Álzase el sol, y alumbrá; elévase, y arde más; sigue su curso, y desciende; pinta el crepúsculo, y se oculta después, y la silueta de Pompeya dibújase con tonos de violeta sobre un dulcísimo fondo de oro y nácar.

Duerme el día, y despierta la noche en la Naturaleza; el sol se hunde, y se levanta la luna; cantan las olas del mar, y arrullan las azules ondas del río; las flores perfuman el ambiente, y Pompeya duerme en paz.

El limpio azul del firmamento tiñese de improviso de una rojiza gasa cual el extenso manto de una aurora boreal. Un espantoso trueno déjase escuchar de improviso, é inflámase el Vesubio; columnas de espeso humo cubren el espacio; torrentes de lava se precipitan por las vertientes del cono, para sepultar á Pompeya.

Sus moradores pretenden huir, mas en vano; las corrientes se desatan hasta el mar, azotando sobre ellos colosales masas de piedra pómez, que los sepulta y aniquila....

¡Espanto! ¡desolación!....

Los pompeyanos gritan, imploran, maldicen de sus dioses, y se arrojan al mar, buscando en las olas una ilusoria salvación.

Cuando los rojizos resplandores de las llamas se hacen superiores á la densidad de las gigantescas nubes de humo, conmovedoras escenas se descubren á la vista del espectador.

Ora se ve á la madre que corre aterrada, dando al viento su descompuesta cabellera, oprimiendo contra su seno al hijo de sus entrañas, creyendo de este modo salvarle del terrible aluvión; ora al esposo, que carga sobre sus hombros á su querida prenda; ora al amante, que imprime el beso postrimero en la tersísima frente de su amada; aquí el anciano padre estrecha á su hija por vez última; allá el amigo abraza á su constante compañero; acullá el patricio, en fin, que llora lágrimas de desesperación al ver temblar

los cimientos de su pueblo y desplomarse, envueltas en polvo y fuego, las extensas graderías de su soberbio coliseo.

El cráter del Vesubio parece que, cansado de verter su ardiente lava sobre Pompeya, aminora su ira. Evaporanse los negros nubarrones que cubren el firmamento, y después queda éste limpio y despejado, y aparecen los astros, más que nunca brillantes, para alumbrar sólo un montón de ruinas entre azufre y piedra pómez (2).

¡Desgraciada Pompeya! ¡Cuántas y cuántas generaciones, cuántos y cuántos pueblos han pasado sobre tus más altos capiteles, ignorando que aquella multitud de revueltas cenizas era la inmensa losa que cubría el panteón de una ciudad entera.

Ni la más pequeña huella delata su existencia durante el trascurso de mil seiscientos sesenta y nueve años; finaliza esta fecha, y el Sarno arroja en su orilla el primer vestigio, tropieza en él un labriego, y cayendo en las manos del Rey de Nápoles, se excava y se descubre, y brota bajo la barra y la piqueta toda una población vastísima, cuajada de riquezas infinitas, que señalan esas bellezas greco-romanas que hoy admiramos en casi todos los museos arqueológicos de Europa; y el arte, en decadencia en el pasado siglo, halla un día de gloria en su año 48, porque renace la estética y opera una verdadera revolución en el gusto arquitectónico del siglo XIX, trocando el amaneramiento y detestable estilo de sus predecesores en las severas líneas y elegantes proporciones de la arquitectura romana.

Y no sólo la arquitectura europea halla en la exhumación de Pompeya su regeneración; la Pintura y la Escultura encuentran nuevos horizontes donde desplegar puede sus alas el genio; rómpese la monotonía en la estatuaria, y se crean maravillas en el arte; el colorido en el lienzo se resiente, pero el dibujo en el muro se levanta. El género pompeyano tiende á matar el clasicismo pictórico; pero da hermosísima brillantez y vida al decorado con sus fondos, ya de oro, ya de plata, ya de carmin ó cobalto.

La cerámica encuentra valiosísimos modelos que imitar, tanto en sus ánforas elegantes, como en sus complicados mosaicos ó en sus multicolores esmaltes, y la joya contemporánea retrocede diez y siete siglos para presentarse, no más rica, pero sí más bella; que el lapidario, hallando nuevas combinaciones en la talla del diamante, fuerza al rayo solar á precipitarse con más violencia sobre el prisma, y éste nos le devuelve en múltiples y matizadas chispas de luz, que fascinan nuestra vista con profusión de colores y riquísimos cambiantes.

Cuanto se relaciona con la ciencia y con el arte en Pompeya es portentoso y revela en cada resto, en cada detalle, el adelanto y la civilización de su tiempo; que no porque el pueblo romano concurriera con deleite al anfiteatro y colmase de frenéticos aplausos al gladiador, era un pueblo atrasado é ignorante.

Siglos eran aquellos de sangre y de barbarie, y sus hombres seguían las corrientes de su época; y si el sentimiento humanitario les era desconocido, ¿qué mucho que se gozaran en las horribles convulsiones de la víctima y en la fiereza y pujanza del vencedor?

El hombre de aquellos tiempos era bárbaro, pero atrevido; era inmoral, pero civilizado; carecía de sentimiento, pero abundaba en instinto; mas como su barbarie, y su mollicie, y sus vicios y osadía, superaban grandemente á la bondad de sus cualidades, quiso Dios confundir aquella inmoral y bruta civilización, y unas veces sepultando aquellas sociedades depravadas, otras infundiendo devastadoras guerras, y muchas enviándolas mártires insignes que regeneraran los usos y costumbres, hizo desaparecer en gran parte y para siempre aquella repugnante fiereza, sembrando la semilla é inculcando el sentimiento en el corazón.

Y así como Pompeya, Herculano y Stabia sucumben bajo el fuego del Vesubio, muchos siglos después se hunde el poder romano, tras una lenta agonía de cerca de cien años, á la que cooperaron con su imprudente ambición y fiereza sus reyes, cónsules y emperadores.

Pero aún quedan infinitos restos de su pasado poderío, y Pompeya es el monumento vivo de la civilización antigua, es el esqueleto fantástico de un pueblo culto, cuya grandeza sólo sabe sentir el artista al contemplar aquella soledad, aquel silencio sepulcral que reina en sus ruinas. Parece aquel majestuoso cuadro, no la realidad de un pueblo calcinado, sino un sueño fantástico de Hoffman, ó una inspiración del ingenio de Shakespeare representado en un inmenso coliseo.

Al contemplar aquellas ruinas, desde la eminencia del Odeon, en una de esas noches tan comunes en Nápoles y Sorrento, en que la luna luce con ese tenue y melancólico resplandor propio del cielo de Italia, y vense aquellas dilatadas sombras que proyectan las ruinas de Pompeya, un tanto rojizas por las llamas del Vesubio, parece verse destacar entre las mutiladas arcadas de los templos las figuras de Espartaco y su enemigo Cosinio, y de Claudio y su hijo Druso.

Parece verse dibujar las sombras del gran orador latino y del célebre historiador de las guerras yugurtina y catilinaria, Ciceron y Salustio, el héroe y su cronista.

Magnífica es la perspectiva que presenta la antigua ciudad desde las ruinas del teatro trágico; el alma del poeta se siente inspirada al contemplar aquellos solitarios restos de la majestuosa arquitectura romana, matizada por ese tinte gris, cuyo tono especial sólo puede imprimir el trascurso de diez y siete siglos....

¡Cuántos adelantos! ¡Qué multitud de joyas artísticas habrán desaparecido bajo el terrible elemento para no aparecer jamás!

¡Cuán finita es la ciencia del hombre!

Con una inteligencia tan limitada como la suya, imposible le es atravesar el tupido velo que envuelve el misterio de la creación y la naturaleza.

Pretendimos en el exámen de una escoria atravesar más allá del límite que se nos tiene trazado, y nuestra imaginación, obediendo á una fuerza superior incomprensible,

ha borrado de nuestra mente su objeto principal, haciéndonos descender del exámen de los seres al exámen de las cosas; del fondo del cielo á la superficie de la tierra; de la sublime ciencia al vulgar exámen de lo conocido.... del exámen de ese más allá incomprensible al recuerdo de Pompeya!

¿Qué hemos descubierto después del minucioso estudio del fragmento de piedra pómez? Hilos azules, verdes y plateados, paralelos de una materia frágil y áspera capaz de imprimir su huella en el vidrio y el metal.

¿Qué hemos descubierto después del detenido exámen? Nada de lo que pretendíamos saber, todo lo que ya conocíamos: nuestra impotencia y nuestra pequeñez, la sabiduría y la grandeza de Dios.

JAVIER SORAVILLA.

Madrid y Agosto de 1882.

MAESE PEDRO.

(LEYENDA.)

I.



o no sé si será verdad, pero he oído decir muchas veces que todavía se ven en algunas comarcas de España brujerías, diabluras y encantos, y que habitan en profundas cimas ó en elevados castillos, y en tal ó cual deruido caserón de nuestras aldeas, ánimas en pena, duendes, visiones y fantasmas de todas clases ó jerarquías, capaces de espantar á todos los alcaldes constitucionales de la Península é islas independientes, como dice, por error, un diputado á quien conozco, orador elegante, aunque tartamudo.

Lo cierto es que todavía se conservan multitud de testimonios en nuestra patria de la existencia ó vecindad de los espíritus, sin contar los libros de Alland-Kardec y de mas compañeros y discípulos espiritistas y espiritistas, y coro de ambos sexos, como anuncian en los teatros.

Pregunten ustedes á los honrados campesinos,—porque ya es cosa convenida llamarlos honrados, y sin que por esto yo quiera decir que lo sean,—pregunten ustedes, repito, á la venerable abuela y al silvestre nieto cuántas brujas y brujos se han conocido en sus pueblos respectivos, y ya oirán cómo les responden que, por lo ménos, existen todavía dos ó tres brujos en aquella localidad, contando al boticario y al maestro de escuela; al primero, por la facilidad con que convierte el agua en medicamento, y al segundo, porque puede conservarse sin comer, aunque no cobre sus pagas durante todos los gobiernos y administraciones de guardar que se suceden en España.

Y como cada pueblo tiene sus brujerías particulares como cada mujer sus caprichos, no había de hallarse Zamora libre de las suyas, y mucho ménos la memorable Puebla de Sanabria, que tanto enalteció aquel Men Rodríguez con su fidelidad y su arrojo, y cuyo castillo domina el camino viejo de la capital de la provincia.

II.

Sucedió lo que voy á referir á ustedes allá por los años 156.... y tantos, y cuando reinaba en España Felipe II, por abdicación del Emperador su padre.

Las posesiones del soberbio monarca formábanse de Castilla, Aragón y Navarra, extendiéndose á Nápoles, Sicilia, Milan, Franco-Condado y Países-Bajos. La soberanía española se acataba en Africa, donde dominaba las islas de Cabo Verde y Canarias, Fernando Póo, Annobon y Santa Elena, como igualmente en Túnez, en Orán y en otras ciudades de la costa berberisca. Contaba la corona de España con una parte de las Molucas, y después con las Filipinas, en el Asia; y en el suelo de América, en Nueva Granada y Chile, inmensos imperios, en las vastas provincias bañadas por el Paraguay y el río de la Plata, y en las islas de Cuba y Santo Domingo, La Martinica, Guadalupe y la Jamaica ondeaba la bandera española acariciada por las brisas del Océano.

Nuestro ejército era la cadena que sujetaba al mundo, y nuestra marina recorría los mares con la altivez de la grandeza. Y si á esto se añaden los inagotables tesoros que del nuevo continente extraía España, las riquezas que aquella tierra virgen guardaba en su seno, y que solamente la sirvieron para su propia ruina y esclavitud; si á tantos elementos de prosperidad, á tantos medios de acción, se une además la infatigable ambición, la indescriptible soberbia del hijo de Carlos V, se comprenderá cuál era entonces el carácter general de la raza española, educada en la guerra y extraviada por el entusiasta deseo de la conquista.

Un español era un conjunto de fe y abnegación, de hidalguía y entereza; y al mismo tiempo había en sus actos una mezcla de candidez é ignorancia, de codicia y terquedad, de fanatismo y orgullo insoportable. La guerra hace á la fiera, pero destruye al hombre, ó mejor, fortalece al hombre, pero destruye la sociedad. Y, sin embargo, á ella se deben todas las conquistas del derecho; la fuerza ha sido la base de la constitución de los hombres en familia, en tribu, en pueblo y en nacionalidades distintas.

No hay bien que por mal no venga,—y perdonen ustedes el modo de señalar refranes.—Así fué que en aquella época, y en medio del más brillante período de nuestra historia militar y política, se cohesionaban los grandes hechos con las mezquinas debilidades. No hay pueblo grande, como no hay hombre de genio, que no adolezca de alguna; parecen como distintivos del genio y de la grandeza en el hombre y en el pueblo.

Así se mezclaban, en los relatos de nuestros antecesores, en sus cuentos, en sus leyendas, las páginas descriptivas de las más heroicas hazañas, con las historias más maravillosas y extraordinarias. Y si hombres tan ilustres como Campanella, fraile calabrés, se permitían soñar con el imperio universal de Felipe II, ¿qué no se permitirían los hombres sencillos que contemplaban desde el anfiteatro el espectáculo de la política y el aparato de las victorias?

(1) Año 63 de la era cristiana.

(2) Año 79 de la era cristiana.

Y como respecto á moralidad no es muy buena muestra la guerra, ni del gobierno interior de España se cuidaba tanto el Monarca que pudiera descender á los detalles, preocupado con la política general de sus dominios, resultaba que, en punto á seguridad personal, nadie podía convenirse de que había un gobierno y un principio de autoridad paternal que velase para garantizar las vidas y haciendas de los gobernados.

La Santa Hermandad no podía con tanto vagamundo y malhechor como circulaba por los caminos; y á tanto llegaron los escándalos que diariamente se presenciaban, y los atropellos de que se daba cuenta, que España era considerada, por el resto de Europa, como la academia de los bravos y el palenque de los matones y espadaquines.

Para adiestrarse en la nueva caballería andante enviaban las principales familias de Francia é Inglaterra á sus hijos para que practicasen en Madrid el arte de la esgrima y se acostumbrasen á toda clase de peligros y aventuras.

Sentados estos precedentes, no extrañará á VV. que en una noche del mes de Enero de 156..... un caballero, jinete sobre un potro de pura raza gallega, fuese víctima de un salteador, al salir de la Puebla de Sanabria, y delante de la famosa Cruz del rey D. Sancho, colocada á la derecha del camino, que conduce á la ciudad de Zamora.

Signo conmemorativo de la alevosía del traidor Vellido Dólfos, pudiera serlo igualmente de otros varios crímenes, á la proximidad de la citada cruz, cometidos en diferentes épocas.

III.

Se veía por aquel tiempo en la plaza Mayor ó plaza Real de la Puebla de Sanabria una hostería, que se denominaba de Caballeros, cuyo título pudiera haberse excusado, puesto que, siendo la única posada que había en el pueblo, lo mismo servía para albergar ginoveses que para hospedar rufianes y cuadrilleros.

Pero eran muy altas y muy nobles las aspiraciones de Maese Pedro, el dueño de aquella hostería, que así le llamaban, y por mal nombre el *jiboso*, á causa de no se qué prominencia que dieron en decir que llevaba á cuestras, y que era producto de maceraciones y disciplinas,—no de regla, que Maese Pedro era un tanto desarreglado,—sí que de descargos de justicia.

Era la *Hostería de Caballeros* un lujoso edificio, para lo que de ordinario se veía, al examinar sus soportales y espaciosa puerta, cuyo dintel se cerraba por la parte superior, en un arco peralzado, hubiérase tomado por un arco feudal. Las ventanas y demas detalles del edificio pertenecían también por antonomasia al orden gótico, aunque muy disimulado por las correcciones y novedades que introdujera el artífice constructor.

En una tarde del mes de Enero, un hidalgo de humilde apariencia llegaba á la puerta de la *Hostería de Caballeros*, y echando pié á tierra, y atando la brida de su jamelgo á uno de los pilares que se veían delante de la posada provistos de escarpías y anillas para el objeto, se dirigió á Maese Pedro, que había salido á recibirle.

—¿Puedo alojarme en esta casa? preguntó.

—Y para honra de ella, respondió muy cortés el hostelero, descubriendo su cabeza, que hasta entónces abrigaba con un gorriño de lana.

—Necesito una habitación segura, volvió á decir el hidalgo.

—A buena parte viene á parar su merced, repuso el ventero, que en mi casa han parado aposentadores y pagadores reales, y oro molido que trajera su merced no ha de mermarse en un quilate, que somos muy honrados, yo y mi mujer y dos hijas que tengo como dos soles, así como lo verá el señor caballero.

—Pues ménos conversacion y más obras, amigo, que no vengo para perder mi tiempo, ni el en que ahora estamos permite mucha parsimonia.

Y así era, en efecto, que nevaba si Dios tenía qué; y he observado que Dios siempre tiene qué nevar y qué llover cuando quiere prodigarnos sus mercedes.

Con que entraron en la hostería hidalgo, ventero y cabalgadura, y todo se dispuso con la mayor prontitud, limpieza y economía posible, como decia Maese Pedro en el anuncio de su posada.

Era el recién llegado un rico gallego, comerciante, que de vuelta de un viaje á América, y despues de visitar su pueblo, pasaba á Madrid con ánimo de pretender un oficio de importancia á cambio de algunos maravedises; asunto no difícil, puesto que ya en aquellos tiempos no faltaban secretarios prevaricadores como Antonio Perez, y damas influyentes como la Princesa de Eboli.

Entróse el hidalgo en su cuarto y pidió al huésped le sirviese de cenar, soltando, entre tanto, en presencia de éste, un enorme cinturón que llevaba ceñido, y el cual contenía un inmenso caudal en piezas de oro.

—Buena carga trae el señor caballero, murmuró Maese Pedro, fijando una mirada codiciosa en el cinturón, cuyo contenido adivinaba.

—No lo es tanto, repuso el aludido, que ando con muchos cuidados por esos caminos; y aunque no voy desarreado, toda precaucion es poca cuando se transita por estas tierras de Castilla.

—Bien dice vuesa merced, que hay salteadores por todas partes; pero mientras estuviese en mi casa no tiene que temer, que siempre está muy vigilada por los cuadrilleros; como que saben que aquí se detienen muy principales caballeros.

Dispúose la cena con la delicadeza que Maese Pedro tenía acreditado, y sus dos hijas, que efectivamente eran como dos soles, pero en momentos de eclipse total, aderezaron unos tajados de carnero y un esqueleto de conejo, que por acaso conservaban hacia algunos dias; y todo esto sirvió con mucha afabilidad y no tanta limpieza al hidalgo.

Poco tiempo ántes de amanecer llamó éste al posadero, y pidiéndole la cuenta de su gasto, dispuso su partida.

—¿Tan pronto piensa dejarnos vuesa merced? preguntó Maese Pedro. Malos están los caminos, y peor la noche; y

á fe que yo, en el pellejo de vuesa merced, no me expondría á salir de la posada con ese caudal.

—Sea lo que Dios dispusiere, respondió el gallego; no quiero detenerme por mucho tiempo en estas comarcas.

Arregló su cuenta el huésped, pagó el hidalgo, aparejóse el cuarto, y, como á las cinco y media de la mañana, dejó la hostería el viajero.

Maese Pedro salió á despedirle, y en seguida, despues de desearle, segun sus palabras, mucha felicidad y buena ventura, entróse en la hostería.

IV.

No era el posadero nada comunicativo en ciertos asuntos, y cuando concebía un proyecto, como no solía ser muy honrado, no lo descubría ni á su misma esposa, que era algo tuerta de un ojo, pero que suplía con sobras esta falta con la expresion maliciosa que descubría en el otro.

Así fué que, sin decir una palabra, tomó Maese Pedro su capa y su sombrero, y bajo la capa su tizona por mal nombre, y una daga, recuerdo de un su amigo que murió en galeras sirviendo al remo por sospechoso de cuatrero; y esto haciendo, y despues de recomendar á su costilla que ocultase su ausencia á todo el mundo, salió de la posada, y se dirigió precipitadamente hácia el camino de la ciudad de Zamora.

Trascurrida una hora, regresó Maese Pedro á su casa, y encaminándose á su cuarto, dejó sobre una mesa la capa y el sombrero, y ocultó cuidadosamente un objeto detras de unos pellejos de tinto manchego con que embellecía su habitación.

EDUARDO DE LUSTONÓ.

(Se concluirá.)

DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Continuación.)

CAPÍTULO XIV.

Temores y esperanzas.

PASARON ocho dias: durante ellos la pobre niña fué perdiendo las pocas fuerzas que la quedaban, y empezó á tener esos caprichos infantiles que la triste enfermedad que padecía hace inspirar á sus víctimas.

Quería tener su habitación llena de flores, y á este deseo le objetaba su tío:

—Pero, hija mia, mira que el aroma de las flores hace mucho daño á las naturalezas delicadas.

—¿Ay, tío!—contestaba—¿no diga V. eso, por Dios! ¿Cómo es posible que las flores, tan hermosas como son, hagan daño á nadie?

—Buena, hija, traeré las flores que quieras; pero en seguida que llegue la noche las retiraré de tu cuarto.

—¿Con tal de que yo las vea de día!

Y tanto Anselmo como Enrique la llevaban ramos de flores todas las mañanas: también llevaron macetas, que colocaban durante el dia cerca del balcon, y á las que, desde su lecho, dirigía la niña lánguidas miradas.

Luégo quiso que, cuando subiera el sol por las casas de enfrente, se abriera el balcon.

—¿Si hace un frío intenso, Blanca mia!—la decia Enrique.

—¿No!—contestaba ella;—los rayos del sol son siempre tibios; quiero sentirlos sin que nada se interponga entre ellos y yo; quiero respirar el aire exterior, del que estoy privada hace tanto tiempo.

Se consultó con el médico este deseo, y dijo que no había inconveniente en acceder á él cuando el dia estuviera muy templado.

¿Demasiado sabía que ya estaba la pobre niña en un estado que todo lo que pidiera se le podía conceder!

Ni á su tío ni á Enrique había vuelto á hablar de Mercedes, ni de la carta escrita á su padre; pero su imaginacion no descansaba un momento, y cuando, segun su cálculo, creyó que había pasado suficiente tiempo para que llegara la carta á poder de D. Pedro de Vargas, se apoderó de ella una agitacion extrema, que aumentaba á medida que pasaban los dias.

El poco aliento que la quedaba puede decirse que estaba sostenido por la idea de cumplir ántes de su muerte lo que ella creía un deber de conciencia, y que no era más que una fiel expresion de su angelical carácter y bellisimos sentimientos.

Temía algunas veces que los padres de Mercedes no hubieran hecho caso de la súplica que su tío les había dirigido; pero desechaba este pensamiento en seguida, porque en el fondo de su corazón abrigaba la seguridad de que no quedaria defraudada su última esperanza.

Una mañana entró Anselmo con un papel en la mano. No bien lo vió Blanca, brilló en sus hundidos ojos un rayo de alegría, y extendió el brazo para apoderarse de aquel papel.

—¿Es carta de Vargas?—preguntó con afán.

—Carta no: es un telegrama.

—¿Qué dice?

—Toma, léelo, puesto que tanto empeño tienes.

Blanca cogió el pliego y leyó lo siguiente:

«Anselmo Gonzalez, Madrid.—Recibí su carta y salimos hoy para ésa.—Vargas.»

—¡Gracias, Dios mio!—exclamó la niña despues de leer el telegrama; y desde aquel momento parecia haber adquirido nuevas fuerzas, y hasta se notaba en su rostro una animacion enriña.

Cuando llegó Enrique aquel dia se sorprendió de verla así, y la dijo con vehemencia:

—Te encuentro más tranquila y contenta; ¿estás mejor, Blanca mia?

—No, Enrique; pero casi estoy segura de que sucederá una cosa que deseo muchísimo, y por eso me encuentras más alegre. Por lo demas, abandona toda esperanza de salvacion para mí: yo no tengo remedio; ésta es una idea á la que han tenido VV. tiempo de acostumbrarse.

—No hables así, Blanca—dijo Enrique acongojado;—¿cómo es posible acostumbrarse á la idea de perder al sér que más se ama en el mundo? Esa resignacion se traduciría por falta de cariño; pero tú no estás en ese caso: el médico ha dicho que te encontraba mejor, y yo lo creo así.

Blanca se sonrió dulcemente y no contestó: ella, mejor que nadie, sabía el estado en que se hallaba, y la daba pena arrancar de los corazones de quienes tanto la amaban su leve esperanza.

También Anselmo y Enrique querían animar á la niña mintiéndola aquella misma esperanza que estaban lejos de sentir y que ella no quería defraudar.

Se engañaban mutuamente; pero ¡qué engaño más dulce! ¡qué engaño tan tristemente lleno de amor y desinterés!

Ya Blanca esperaba de un momento á otro á la familia de Vargas, pues hacia cinco dias que se había recibido el telegrama; pero su enfermedad había llegado á un estado que apenas la permitía hablar, y temía que Dios la llamara á sí ántes de ver á Mercedes.

Mas no sucedió esto: á la mañana siguiente, cuando aún no había ido Enrique, sintieron parar un carruaje ante la casa, y que llamaron luégo á la puerta de la escalera.

Blanca, impulsada por un movimiento nervioso, pues apenas tenía fuerzas materiales para ello, se incorporó á medias y fijó sus ojos en la puerta de la habitación, donde aparecieron á los pocos momentos dos señoras en traje de viaje.

Eran D.^a Justa y Mercedes.

CAPÍTULO XV.

Dos ángeles.

Mercedes adelantó dos pasos en la habitación y se detuvo vacilante; pero Blanca abrió los brazos, y en ellos cayó la hija de Vargas, con la misma vehemencia que si fuera una hermana ó una amiga íntima á la que hubiera estado sin ver mucho tiempo.

¡Misteriosos efectos de la simpatía y de la identidad de sentimientos!

Por algunos momentos confundieron sus besos y sus lágrimas, formando un cuadro encantador aquellos dos rostros unidos, los dos pálidos y tristes, pero igualmente bellos los dos.

Doña Justa abrazó también á Blanca cariñosamente, y pasados los primeros transportes, se sentaron madre é hija al lado del lecho de la enferma.

Las manos de los dos ángeles, que se habían unido desde el principio, continuaron acariciándose, y hubo un intervalo de pausa, durante el cual estaban hondamente impresionados aquellos tres corazones.

Blanca fué la primera que rompió aquel penoso silencio, diciendo á D.^a Justa:

—¿Ah, cuánto agradezco á V., señora, que haya acudido á mi exigencia! ¡Si supiera V. qué feliz me considero ahora!

—No he dudado nunca en acudir donde me ha llamado la desgracia—contestó con dulzura D.^a Justa;—lo que quiero es que mi venida produzca buen efecto á su quebrantada salud.

—¿Oh, sí.... Produce, señora, lo que es posible que produzca en el estado en que me encuentro; es decir, tal vez prolongar mi vida algunas horas más.

—No diga V. eso, Blanca—exclamó Mercedes.

—¿Por qué no lo he de decir, si es la verdad! Pero he notado que me has hablado de *usted*: ¿no quieres que nos tuteemos?

—¿Cómo que no?

—Entónces desde ahora.

—Sí, desde ahora.

Y volvieron á besarse con mayor afecto aún que la primera vez.

Hubo otro momento de pausa, en que Blanca quedó pensativa como coordinando sus ideas.

Doña Justa y Mercedes también guardaron silencio, cruzándose entre ellas de cuando en cuando una triste mirada. Blanca, sin dejar de estrechar entre las suyas la mano de la que era su rival y al mismo tiempo su amiga más querida, dijo al fin:

—Debo manifestar á VV. por qué he deseado tanto ver á Mercedes ántes de morir, aunque ya tienen una idea por la carta de mi tío. Estos dias que me quedan de vida sería muy desgraciada, los hubiera pasado muy tristes, si no hubieran VV. sido tan buenas que se han apresurado á satisfacer mi deseo....

Blanca se detuvo: quedóse otro instante pensativa, mirando tiernamente á Mercedes, y luégo la preguntó de repente:

—Mercedes, ¿amas mucho á Enrique?

Al oír aquella pregunta se puso Mercedes aún más pálida de lo que estaba, y latió su corazón con fuerza: pero no contestó.

—Perdóname que te haya hecho esta pregunta—prosiguió Blanca;—pregunta bien inútil despues de todo, porque no hay más que verte para comprender que le amas aún. Mercedes siguió silenciosa.

—Oye—continuó Blanca;—voy á hablarte con el corazón en la mano. Supe en mi pueblo que estaba proyectado tu casamiento con Enrique, y lo supe porque nunca faltan personas que se gozan en dar noticias que pueden hacer mucho daño, sin que nadie se las pida. Yo estaba mala hacia más de un año, y no sé si por aprension ó presentimiento, creí desde el principio de mi enfermedad que sólo la muerte sería el fin de ella. Por esta época tuvo precision mi tío de venir á Madrid, y yo, sin objeto fijo, sin poderme dar cuenta del móvil que me inspiraba este deseo,

quise venir con él; ¡ojalá nunca hubiera venido; no serías tú tan desgraciada como eres!

Blanca volvió á detenerse: estaba tan fatigada, que su respiración era jadeante, y cerró los ojos, porque todo giraba á su alrededor.

Mercedes y su madre, alarmadas extraordinariamente al verla en este estado, iban á llamar para que se diesen á la enferma los auxilios que necesitara; pero Blanca, volviendo á abrir los ojos, las contuvo diciendo:

—¡No es nada; ya pasó!

—Pero no hable V. más, hija mía; debe hacerle mucho daño — dijo D.^a Justa.

—Sí, es verdad; no agites tu corazón con esos pensamientos — añadió Mercedes.

—¡Ah, no tengo más remedio que seguir, ya que he empezado! — exclamó la niña. — ¿Para qué entonces he hecho venir á VV. desde Nápoles? No crean VV. que esto me hace daño: al contrario; si consigo lo que deseo, va á ser este uno de los instantes más felices de mi vida. Mira, Mercedes; desde aquella noche que te vi en el teatro te amé sin conocerte.

—Yo también á tí — dijo la hija de Vargas.

—Desde entonces, yo, que había perdido toda esperanza de ser feliz en la tierra, empecé á acariciar el pensamiento de que tú lo fueras, puesto que yo tuve la culpa de la pérdida de tu dicha y tus ilusiones. A medida que ha ido agravándose mi mal ha tomado más cuerpo esta idea, hasta el punto de que sólo la seguridad de haberlo conseguido será lo que me hará morir tranquila y gozosa.

—¡Oh, qué ángel eres! — dijo Mercedes interrumpiéndola. — ¿Y crees que yo aceptaré ese sacrificio? No, yo lo que quiero y le pido á Dios con toda mi alma es que te pongas buena, y esa felicidad que está acariciando tu mente para mí seas tú la que la disfrute, porque eres más digna de ello que nadie.

—No, Mercedes; yo voy á morir; tú amas á Enrique, y Enrique te ama también: ¿por qué no os habeis de unir para siempre, cuando parece que la misma Providencia lo dispone así?

—¡Esa idea y en esta ocasión, Blanca! — dijo D.^a Justa.

—Nunca mejor ocasión que ahora, puesto que es una súplica que os dirige una moribunda.

En este momento entró Anselmo en la habitación, cuidadoso por su sobrina.

—Me alegro que venga V., tío — dijo ésta; — ¿está ahí Enrique?

—Sí, ahí está.

—¿Quiere V. decirle que entre?

—Pero Blanca, ¡por Dios! — dijo toda confusa Mercedes — ¿qué vas á hacer?

—Si te atreves á decirme que no le amas, no hago nada. Respóndeme: ¿es verdad que no le amas?

Mercedes llevó á sus ojos el pañuelo, que bien pronto estuvo lleno de lágrimas: ésta fué la única contestación que dió á la pregunta de Blanca.

—¿Lo ves, Mercedes? ¡y querías que no hablara de esto! — Pues bien, sí — prorumpió Mercedes — ¡le amo! Pero antes que nada quiero tu salud y tu dicha. Mi dignidad se opone también á este enlace, y luego, no sé la variación que pueden haber tenido sus sentimientos.

—¿De modo que por un exceso de orgullo vas á causar tu desgracia y la de Enrique, y al mismo tiempo á permitir que yo muera sin el consuelo que tanto he apetecido?

Doña Justa y Anselmo, testigos de aquella escena, esperaban anhelantes la decisión de Mercedes.

—Pero ésta no contestaba.

—¡Señora! — exclamó Blanca, dirigiéndose con la mayor ansiedad á D.^a Justa — ¿va usted á permitir que su hija sea desgraciada pudiendo ser muy feliz?

—¡Oh, no! ¿cómo es posible? Pero éste es un asunto que ella sola puede decidir; yo lo que haré será acceder á todo cuanto quiera.

—Ya lo oyes, Mercedes.

Esta no pudo resistir por más tiempo, y exclamó:

—Bueno, sí; me avengo á todo, á todo lo que tú desees.

—Gracias, Mercedes; no sabes el bien que me hace tu asentimiento. Tío — prosiguió Blanca dirigiéndose á su tío — puede V. decir á Enrique que entre, y lo mismo al padre de Mercedes, que supongo que estará ahí también.

Enrique se hallaba en la sala, hacía bastante tiempo, en compañía de D. Pedro de Vargas, con el que no había cruzado más que algunas palabras, á causa de la emoción que tan encontrados afectos le producía.

Cuando Anselmo le dijo que entrara en el cuarto de Blanca, se aumentó aquella de tal modo, que le hacían daño los latidos del corazón.

No era extraño: iba á ver juntos aquellos dos ángeles, que inconscientemente había hecho tan desgraciados, y de los que aun no podía decir á cuál amaba más: iba á ver las miradas de las dos hijas en las suyas; á oír juntas el sonido de las dos voces, que tantos encantos habían inspirado á su alma, cuando, llenas de ternura, le habían hecho dulces protestas de amor; iba, en una palabra, ante la presencia de dos víctimas de su inconstancia, y al mismo tiempo, para su tormento, á los dos seres que más amaba en el mundo.

Pero ¿es posible, dirán tal vez nuestros

lectores, que puedan caber en un corazón dos amores igualmente grandes, igualmente profundos ambos?

No lo sabemos; pero este relato no es producto exclusivo de la imaginación: hay mucho de realidad en el fondo, por más que la forma sea hija del vuelo más ó menos atrevido de la fantasía, y este relato nos dice que sí es posible.

(Se concluirá.)

EUSEBIO A. ESCOBAR.

TÚ Y SÓLO TÚ.

SONETO.

Pensando sólo en tí, querube hermoso,
Siempre me encuentra la rosada aurora
Cuando, con perlas que riendo llora,
El campo esmalta de esplendor grandioso.

Me encuentra el sol radiante y majestuoso,
Que espacio, mar y continentes dora,
Y la luna, si bella los albora,
Y el cortejo de estrellas silencioso.

Siempre en tí suspendido el pensamiento....
Fiebre sorda y tenaz nubla mis ojos,
Y, cual lava, derrámase encendida

Sobre mi pecho, de tu amor sediento.
¡Ah, mirame á tus pies, héme de hinojos....
Amame, JULIA, ó quitame la vida.

RAMON DE LA HUERTA POSADA.



Paris, 10 de Setiembre de 1882.

Hace ya tiempo que he anunciado á mis lectoras que los bordados lujosos, las aplicaciones más extraordinarias y más delicadas, serán el género de adorno preferido para los trajes ricos de otoño y de invierno. En prueba de ello, describiré varios trajes de boda, ejecutados en una de las principales casas de París.

En primer lugar, el vestido de la desposada, tan difícil de variar en su blanca uniformidad, era de raso y *poult* de seda. La falda se componía de tiras de raso, fruncido ligeramente al traves, y tiras más estrechas de *poult*, guarnecidas á cada lado con unos rizaditos de cinta de moaré, mezclados con lazos excesivamente pequeños: la parte inferior de la falda consistía en un enorme rizado en forma de conchas, hecho de *poult* de seda, con forro de raso. La cola, muy estrecha, larga y formando cola de pájaro, iba bullonada y adornada con muchos encajes, que caían sobre el rizado que adornaba el borde de la cola. Unas guirnalda muy finas de flores de azahar guarnecían los bullones de esta falda vaporosa, así como el corpiño, que iba fruncido en los hombros y cruzado sobre el pecho en forma de fichú, terminando en *paniers*. Velo en forma de mantilla española, con perlas en las orejas y en el cuello por única joya.

El traje de la madre de la desposada, persona joven aún

y muy elegante, era de color verde de tres matices distintos, armoniosamente combinados. La falda, de raso color de *ayora*, estaba cubierta de un magnífico encaje de Chantilly; los tableados del borde inferior eran de un verde más oscuro. El corpiño, que tenía la forma de una polonesa recogida, era de gasa brochada de terciopelo verde mar muy oscuro, enteramente ribeteado de anchos festones de terciopelo del mismo color, recortado y bordado. Chaleco verde manzana, guarnecido de encaje de Chantilly.

El vestido de viaje de la recién casada era preciosísimo. Componíase de falda y sobrefalda de paño húsar, enteramente bordadas de aplicaciones de terciopelo granate y azul oscuro, cuyas aplicaciones guarnecían el contorno de cada falda. En lugar del tradicional volante tableado del borde inferior, un bullon de terciopelo azul oscuro. Completaba este traje, muy corto y ajustado, una chaqueta inglesa del mismo paño azul húsar, con botones y carteras de terciopelo. Gorra de fieltro, con bordes de terciopelo y *medio pájaro* por único adorno.

Estas *mitades* de pájaro serán uno de los principales adornos de los sombreros de otoño, sombreros de viaje ó de visita. Todos los países se disponen á enviar sus más preciosos pájaros á las elegantes parisienses.

Los trajes de banquete y de visita son este año de una elegancia y novedad excepcionales. Son, por lo general, de simple cachemir combinado con terciopelo. Citaré varios tipos:

Uno se compone de falda lisa de terciopelo color capuchina, sobre la cual va dispuesta sencillamente una banda ancha y plegada de cachemir color de fuego bordado de seda, con ramitos de los mismos colores. El corpiño es de cachemir, y va acompañado de un chaleco de terciopelo con adornos de encaje blanco.

El mismo modelo se hace de terciopelo y cachemir granate ó verde; el cachemir, menos oscuro que el terciopelo.

Para *soirée* y banquetes he visto un magnífico traje de pekin con listas anchas de raso musgo y terciopelo color de dalia oscura. La sobrefalda, que era de terciopelo, iba cubierta de riquísimos bordados al pasado, mientras que el corpiño, con aldetita recortada, era de terciopelo liso, sumamente sencillo y abierto sobre un chaleco de raso musgo con guarnición de encaje blanco.

Un vestido de mañana, para visitas de confianza ó para recibir, es de seda flexible escocesa, en que dominan el verde y el encarnado subido, y lleva un tableado ancho de la misma tela, con corpiño de terciopelo liso color esmeralda. Para salir, se pone una preciosa manteletita de terciopelo encarnado, con aplicaciones de cachemir de la India bordadas de plata.

Otro modelo de traje de visita, muy lindo, es de pañete recogido sobre falda lisa de terciopelo de mil rayas, adornada en el borde inferior con una tira ancha de terciopelo verde liso.

Por las descripciones que preceden se ve que la mezcla de colores y de telas continuará siendo el manantial cómodo é inagotable de mil combinaciones variadas. El terciopelo se empleará mucho, unas veces en faldas lisas, otras veces en corpiños. Esta hermosa tela es una de las que mejor sientan á la mujer, cualquiera que sea su edad, y no es extraño que se vuelva siempre á ella, después de haber errado del raso al moaré y del moaré á la faya, y toda la familia de las sedas de superior calidad. Sin desconocer el mérito de estas telas, que seguirán llevándose, es indudable que el terciopelo y la felpa poseen una suavidad de reflejos que aventaja extraordinariamente el cutis.

V. DE CASTELFIDO.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO. Núm. 1.693.

(Sólo corresponde á las Sras. Suscriptoras á la 1.^a edición de lujo.)

Vestido de lanilla lisa color habano claro y lanilla escocesa sobre fondo habano. Falda redonda, compuesta de dos *bullones-sacos*, de lana escocesa, con un volante tableado de lana lisa en el borde. Sobrefalda muy corta de la misma lana lisa, terminada por detras en un lazo muy grande. Corpiño también de lana lisa. Este corpiño se abrocha á un lado.

Traje Robespierre. Falda de raso maravilloso azul celeste. La falda se compone de tablas anchas perpendiculares separadas por tres tablitas. Bajo el borde inferior de la falda va un estrecho volante tableado. Una banda de raso azul celeste brochado con flores grandes atraviesa la falda al sesgo. Chaleco largo de raso liso terminado en punta. Casaca estilo Robespierre, de raso brochado, con solapas de raso liso. Mangas semi-largas con carteras lisas. Sombrero redondo de fieltro color crema, forrado de raso azul celeste ajaretado, con plumas azul celeste y color de salmon.

PASTA EPILATORIA DUSSER. Destruyendo los vellos que afean el rostro. Esta preparación, absolutamente inofensiva, rejuvenece y hermosa de una manera sorprendente. (1, rue J.-J. Rousseau, París.)

PARÍS. Corsets pour les modes actuelles. — M.^{mes} de Vertus sœurs, 12, rue Aubert. — Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

VINAGRE DE TOCADOR DE JEAN-VINCENT BULLY

67, calle Montorgueil, en Paris

MEDALLAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES
PRIMERAS RECOMPENSAS 1867-1878

Este vinagre debe su reputación universal y su incontestable superioridad sobre el agua de Colonia, como sobre todos los productos análogos, no solamente á la distinción y suavidad de su perfume, sino también á sus propiedades sumamente preciosas para todos los usos higiénicos.

El Vinagre de JUAN-VINCENT BULLY ha adquirido, además, un favor tal para el tocador, que basta solo para elogiarlo.

La única cosa que queda pues que recomendar al público, es que evite las falsificaciones y que se dirijan á las casas de confianza.

EXIGIR ESTE CONTRA RÓTULO



VÉASE LA NOTICIA QUE VA CON EL FRASCO



Houard

Biquin imp. Paris

J. J. Couderc

Nº1693

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas. 12 pral

MADRID

*Perfumeria de lujo. Guertain. 45. r. de la Saie. Paris.
Taja Regente N.º y Corri. Ana de Austria de M.º de Veritas. 1.º. r. Anver. Paris.*

PH
PATRIMONIO
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA